Artículo 37

Tono Cantero

Primera edición, marzo de 2026
© Tono Cantero, 2026

Maquetación y diseño:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Atico A, 28500
Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

Impreso en la Unión Europea

Este libro ha sido impreso siguiendo las normativas:
UNE — EN — ISO — 14001 de gestión ambiental
UNE — EN — ISO — 9001 de gestión de calidad

ISBN: 979-13-88206-31-3
THEMA: FBA - FXS
DEPÓSITO LEGAL: M-13625-2026

Artículo 37

Tono Cantero

avant
editorial
www.avanteditorial.com

Las mesas de trabajo se repartían perimetralmente por la soleada oficina: una pieza cuadrada, amplia y diáfana con tres anchos ventanales orientados a levante. En medio de la sala, dos grandes impresoras y un pujante ficus se levantaban junto a la puerta del despacho de gerencia, un cuarto completamente acristalado que ocupaba una amplia sección esquinera que se asomaba al ventanal más meridional. En la zona entre la puerta de entrada y la dependencia del gerente nos sentábamos los comerciales: Leandro, Fede y yo. La administración ocupaba la otra mitad, la septentrional de la sala, presidida en el centro por Ofelia, la jefa del departamento, acechante tras una gran pantalla. En torno a ella se sentaban la discreta Aitana; Lourdes, en su jungla de cactus y siemprevivas, y Silvia junto a la ventana, contenta con el solecito mañanero de invierno. «Un día me pillaréis haciendo la fotosíntesis», bromeaba.

Hubo un silencio. La reunión había resultado áspera, como la mayoría de ellas. A través del tabique se les oyó vociferar, el timbre agudo vehemente de Ofelia, el vozarrón quejumbroso de Vicente, que imploraba raciocinio, y los gimoteos y berrinches de Leandro. De sopetón salió Ofelia, inflamada y encorajinada, juraba maldiciones. Con sus piernas elefantiásicas embutidas en sus tejanos elásticos, a pesadas zancadas en su avance percutía decidida el suelo y hacía cimbrear el cemento armado del suelo de la planta, ondas concéntricas se levantaban en la superficie del agua del vaso que tenía sobre mi mesa. Tras ella se deslizó

Vicente, el gerente, quien cabizbajo y apresurado se coló en su despacho. Por último, apareció Leandro, mi jefe, refunfuñando y cabeceando como un cabestro, se plantó frente a la mesa de Fede.

—¿Qué? ¿Hace el cafelito? —le preguntó. Me daba la espalda; su corpulencia tapaba completamente la visión de su interlocutor, quien contestó con entusiasmo, se levantó y se plantó junto a él. Escaso de constitución, parecía aún más pequeño a su lado. Leandro le doblaba la estatura: era un gordo rotundo, cargado de espaldas, estrecho de hombros, cabeza pequeña, tórax angustiosamente constreñido, vientre grávido de parturienta e incipiente joroba. Su fláccida esfericidad se cerraba bruscamente sobre sus piernas enclenques y deformadas; recordaba a una peonza invertida.

Se giró hacia mí, me miró maliciosamente. «*Mone?»,* me preguntó en mi lengua materna si me sumaba a ellos. Exageró burlonamente el acento, descolgó la mandíbula pretendiendo imitar a un cateto, hacía chanza, la detestaba sin disimulo y a todo lo que ella representaba. Mostraba su irritación sin disimulo cuando yo la hablaba con los clientes. La empleaba como medio, y también por gusto, facilitaba el trato y la comunicación, me proporcionaba más familiaridad con ellos, rompía el hielo. Pero aun así me reprendía y me exigía hablar y escribir en castellano, en cristiano, que estábamos en una empresa seria. Su actitud en aquel momento, pese a que me contrariaba, no quería que fuera causa de discordia apenas incorporado a la empresa, callaba, hablaba español en su presencia y no le prestaba más atención. Mientras hacía cartera.

Me levanté y me marché con ellos, cruzamos la oficina, atravesamos la logia, continuamos escaleras abajo, desfilamos por la nave industrial, y antes de alcanzar la salida echamos una ojeada a la puerta abierta del aula donde Irma, la instructora, se escaqueaba

de impartir el curso de formación en prevención laboral para trabajadores especialistas en trabajos en altura. Tras su *laptop* surfeaba sobre las ondas del ciberespacio mientras los alumnos, todos masculinos, se concentraban en el enésimo cuestionario tras la enésima lectura. Furtivamente le miraban las piernas, que ella atenta no ocultaba detrás de la mesa. Sentada al sesgo cruzaba las rodillas bajo su falda corta.

—¡Hola, Irma! ¡Buen día a todos! ¿Todo bien por aquí? —Leandro asomó la cabeza y saludó a la sala.

—¡Hola, Leandro! Sí. ¡Muy bien! Todo en orden —con una lenta rotación del taburete, se giró hacia él mientras grácilmente descruzaba las piernas para enlazarlas de nuevo a la inversa. Le sonrió abiertamente, mientras seguía la rotación de las pupilas del jefe sobre sus muslos.

—Vale —le devolvió la sonrisa, se ruborizó y absorto aún se demoró unos segundos en despedirse.

Seguimos hasta la salida.

—Está buena ¡Joder! ¡Cómo está la jaca! —resoplaba Leandro.

—Sí, menuda fiera debe ser en la cama —complementó Fede y seguía el rastro del macho alfa, jadeaba con la lengua fuera como un perro en celo.

—¿No le dices nada? Siempre que paso la veo haciéndose las uñas mientras los alumnos leen o escriben. No da la clase, se escaquea —protesté indignado por la falta de profesionalidad e irresponsabilidad manifiesta de la instructora. Es un peligro una formación deficiente en trabajos de riesgo.

—¿Qué más da? Ahí hay diez mil pavos pagados a tocateja. Que dé el curso como le salga del coño. Le doy libertad de cátedra. Además, está de moja pan y… —justificó el obseso pasándose la lengua por los labios, se sorbió la baba.

—¡Uf! —bufó el perrito —. Sí, sí, el coño, el pan.

—Pero es tu responsabilidad, tú eres el director. Si no lo hace bien podría haber un accidente. Aunque son gente experimentada es necesario corregir los vicios de uso que hacen descuidar la prevención en el trabajo —le sermoneé imprudentemente.

—¡Cenizo! ¿Y a ti qué? ¿Qué te importa a ti mi responsabilidad? Tú haz tu trabajo y ya decidiré yo cómo tengo que gestionar el departamento —me contestó con vehemencia; después resopló, burlándose impaciente como de un bisoño—. Estás pavo.

—Pero puede haber un accidente…

—¡Cállate! ¡Gafe! ¡Y no me toques los cojones! Aquí se hacen las cosas cómo a mí me da la gana. Tenemos un seguro de accidentes. Ya he tenido bastante por hoy. Deja de joder —me miró centelleando furia.

Llegamos al restaurante de la esquina en la rotonda del polígono y nos sentamos en una mesa.

—Un accidente… ¿Será mala sombra? —gruñía, como esperando a que le replicara para poder volver a descargar su mala leche.

—¡Caramba con la reunión! Se ha oído desde fuera ¿Cómo ha ido? —Fede cambió de tercio.

—Pues que Vicente quiere que salga a la calle, que visite a los clientes —contestó contrariado y puso ojos de cordero —. Y eso es porque le come el coco la Ofelia.

—Pero para visitar a los clientes ya estoy yo. Yo soy el comercial de calle —le di coba, compensando.

—Claro. Para eso creamos tu puesto. Yo no tengo tiempo de salir. Ya salía antes y era un coñazo. ¡Qué cojones! Ya se lo he dicho. He de organizar esa casa de putas. ¡Que salga él! Casi nunca está. No viene a trabajar. La empresa necesita un gerente. Él delega en Ofelia, pero ella no sirve, es una tía, una inútil.

—Pues tú tendrías que ser el gerente —le hizo la pelota el caniche.

—¡Mira! Ya se las pira —parcialmente se levantó de la silla apoyando una mano en el reposabrazos; con la otra señaló la entrada de nuestra empresa, por donde salía Vicente. Este saludó a Irma, que había salido a fumar y se apoyaba en una jamba mientras aporreaba la pantalla del celular y se caldeaba al tibio sol matutino. Él se introdujo en el coche, maniobró y condujo calle arriba hasta que desapareció al incorporarse a la avenida.

—¿Veis? Son las once y ya se las pira. Ya ha echado la mañana —dijo socarronamente decepcionado—. Pues eso. Que se largue, que ya me ocupo yo. —Simuló subirse las mangas.

—Pero irá a otros asuntos… —le contrarié incautamente—. ¡Y mira a Irma! Se pasa el día bronceándose y mientras tanto los alumnos en el aula…

—¡Y una polla! —me cortó en seco—. Se va a casa. Por hoy ya ha terminado. Siempre dice que no se encuentra bien, que está cansado. Es puro cuento. Se inventa enfermedades. Ahora dice que tiene *diviertetuberculosis* o qué sé yo —me espetó elevando la voz—. Y no me vuelvas a buscar con lo de Irma —concluyó en tono amenazante mientras la espiaba en la distancia, soñador.

—*Diverticulosis* —le corregí—. Eso es doloroso.

—¡Mira el sabelotodo! ¿Y tú sabes lo que es un hipocondriaco? Es un gandul. No trabaja, tiene pasta, le viene de familia, del braguetazo. Se va a casa. Después irá la Ofelia a hacerle una paja, el hideputa.

—¡Ja! ¡Ja! —Fede le rio la grosería.

—¿Cómo?

—Sí. Es su chacha para todo. Cuando salga le hará la compra, recogerá a los niños del cole y se los llevará a casa. Y de

paso… —Sobre su pelvis, hizo un movimiento obsceno de bombeo con la mano hueca.

—¿Y su mujer? ¿Y el marido de Ofelia?

—La mujer seguro que le pone los cuernos. Con lo manso que es… Y el marido de ella es un flipado, es un friqui del ciclismo; ese no se entera de nada, ya tiene bastante con el sillín de la bici, se la lleva hasta para cagar. —Refregó su culo rebosante sobre el asiento imitando un gesto lúbrico, repugnante.

—Pero ¿están enrollados? —le pregunté asqueado.

—Seguro. Antes sí que tenían un lío declarado. Yo los conocí juntos, cuando eran novios. Hace diez años. Después de casarse con la rica colocó a Ofelia en la empresa para tenerla a mano. Cuando me incorporé ya me la encontré allí. Vicente hace lo que a Ofelia le sale del chumino. Es un calzonazos.

—Entonces ¿es ella la gerente en funciones cuando él no está? —le formulé cándidamente.

—Pero ¿tú eres gilipollas? Esa no sabe ni dónde tiene la mano derecha. Si no fuera por mí, la empresa se hubiera ido a la mierda. Que no te enteras, ¡lerdo! —Se repantigó sobre el respaldo, como aliviado de un estreñimiento tras haberme evacuado en la cara el improperio.

—¡Sí! ¡Sí! —ladraba el perrito.

—Pero no sólo la Ofelia —continuó—, también están las otras dos, la Lourdes y la Silvia. La Lourdes siempre lo complica todo con los procedimientos de los cursos bonificados, todo guardadito en sus carpetas. Papeles que no sirven para nada. Nos hace trabajar el doble.

—Pero, Leandro, los documentos se han de cumplimentar y archivar. Lo exige el reglamento. Además, siempre puede venir una inspección —le objeté.

—¡Joder! ¡A tomar por el culo! Si no pasan nunca. Y si vinieran ni se lo mirarían. Ya me encargaría yo.

—Pues claro… —lo avaló Fede. Lo miraba adulador con su cara de guapo duro, a lo Harrison Ford en miniatura, con su barba permanente de tres días.

—La Lourdes es una tonta del culo —continuó Leandro—. No hay manera de hacerla razonar. Es una inepta, parece subnormal hablándole a sus plantitas todo el día, gimoteando con esa voz ñoña. Es que ni le hablo —bufaba de desprecio—. Tonta, tonta. Y después está la otra, la Silvia, otra estúpida, se cree la jefa porque es la veterana. Es que no la aguanto. Siempre se pone a llorar. Aún más tonta.

—¡Vaya! —le respondí abrumado.

—¡Yo! Si yo fuera el gerente —prosiguió— tiraba a las cuatro a la puta calle —dudó durante un instante—. Bueno a la Aitana, no, que está también muy buena —se relamió el depredador—. Las demás que vayan a fregar retretes. El problema del paro se resolvería si las mujeres no trabajaran, como antes. Yo emplearía a tíos, solo tíos —espetó sin un atisbo de embarazo.

—¡Tienes razón! A mí las tías me marean para trabajar, son demasiado lloricas, no las entiendo. Me gustan más los tíos —se emocionó Fede botando entusiasmado en el asiento.

—Eso es porque eres maricón. ¡Ja! —el alfa hizo la broma.

—No, no es por eso. Es por el trabajo —se apuró en responder el aludido.

—¿Sí? ¿Y el mecánico polaco? Siempre estás que si el Yuri para arriba, que si el Yuri para abajo. En estos meses casi siempre tienes el coche en el taller, por eso te vienes conmigo, porque eres un cacho maricona —riéndose, forzaba un falsete afeminado mientras el cánido humillado acertaba a contestar.

—No, es que ya tiene sus años…

—¡Ji! ¡Ji! Encima te gustan viejos. Eres un bujarrón perdido.

—Digo el coche, ¡joder! —Se ruborizó de la vergüenza. Pero se reía con él y le seguía el juego de autodestrucción. En el fondo de los ojos su risa no era veraz; allí brillaba aturdida por el espanto.

—Hola. ¿Qué queréis tomar? —interrumpió la camarera, esbelta, morena, de pelo color azabache, maja y joven, de carne tersa y sonrisa asoleada. El dueño del restaurante seleccionaba a sus camareras: sólo chicas guapas, atractivas y simpáticas, preferentemente inmigrantes latinas, que sonrieran a los clientes, en su mayoría masculinos, y que contonearan sus curvas bajo el entallado uniforme negro ceñido por un delantal largo del mismo color, que realzaba su figura y remarcaba su trasero fino. El propietario lo tenía claro, los hombres no tenían trabajo allí, ni mujeres maduras, ni madres, ni lactantes, ni ninguna que no cumpliera la condición previa de ser joven, estar buena y sin compromisos. Aquello parecía un congreso de *misses*, desde las cocineras hasta las limpiadoras con contrato laboral en negro, todas ellas bellas sílfides sometidas por ínfimos jornales a la asfixiante lascivia del patrón. El local se abarrotaba.

—Aquí es que no puedo venir —comentó el nuestro una vez la moza se hubo marchado con la orden—. Con todas estas chavalas mariposeando alrededor de mi... Después regreso sofocado a la oficina. ¡Mira! ¡Mira! Esa me ha guiñado un ojo. ¡Uf! ¡Párame! —El sátiro amagó con levantarse para acometerla; con los ojos destellando lujuria, se acercó el dorso de la mano a la boca para lamerlo y representó un ruidoso *cunnilingus* mientras miraba a la trabajadora, quien, ajena a la agresión, recogía el servicio tres mesas más allá.

Me quedaba perplejo. Simplemente no entendía nada. Apenas lo acababa de conocer. El trato con él era reciente y, hasta ese